

# LA SAEETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año XI \*

BARCELONA 19 DE ABRIL DE 1900

\* Núm. 491

UNA ESTRELLA ITALIANA



AMELIA SOAREZ

PRIMERA TIPLER DE LA COMPAÑIA DE OPERETA DEL TEATRO DE NOVEDADES

## Los pantalones

(DEL CATALÁN)



El actor sale dando tumbos, medio vuelto hacia el punto de partida, como si mirara á quien le empujó. Va en mangas de camisa; lleva corbata blanca y viste unos pantalones negros, tan anchos de cintura, que se ve forzado á tenerlos constantemente sujetos por las manos y á bregar para que no se le escurran.

¡Ea, no te rías! Vas á conseguir que bese el suelo. ¡Cómo si fuera muy gracioso el caso! (*Fijándose en el público, vuelve la mirada rápidamente, avergonzado, quiere huir, y al mismo tiempo se encoge de piernas, apretándolas por las rodillas*). ¿Lo ves? ¡Mira en qué trance me pones! Basta de risas, digo, ó soy capaz

de estrellarte cualquier cosa en la cabeza.

(Al público).

Perdonen. ¿Les parece que es cosa de risa esto: que yo falte á una recepción oficial y pierda una gran comida, por el lío que me han armado dos mujeres con estos pantalones? (*Transición*).

¡Ay, la solté! En fin, ya está: lo mejor será que les explique lo que me ocurre. (*Se sube el pantalón, tose, recapacita y continúa*).

Pues señor, es el caso que yo tenía un frac. Pero nó, no es ese el cabo de la madeja; empecemos por el primo. Tengo un primo que se llama Jorge, y es hijo del tío Benito. ¡Ajá!

Este primo Jorge, hijo del tío Benito, y yo, no nos parecemos sino en una cosa: en la talla. En el ejército se nosiliaría á los dos en la misma arma... (1), y aún se me figura que en la banda de cornetas. ¿Yo soy rubiote, verdad? Pues él negro. Aquí en el bigote no ven ustedes más que bozo fino, y en cambio, ¡no son barbas las que á él le cuelgan! Digamos que á mí no me sobran carnes, mientras que el otro parece una bola y tira á barrigudo. Iba á decirles que está casado, pero eso nada tiene de particular; también yo lo estoy... Claro, que resulta un caso de atavismo, si bien se considera, pero... ese no es el asunto. Fuera. (*Pausa reflexiva*).

¡Ah, vamos, ya lo tengo!

Pues Jorge, mi primo, hijo del tío Benito, tiene una hermana casada que vive en Gerona... (*Nueva meditación*).

¡Tampoco es éso, hombre! ¡Qué, si les aseguro que es un verdadero ovillo la historia de estos pantalones! (*Dando con la idea*).

Tiene la familia en Gerona. ¡Braavo!... De modo que en Gerona se hallaba una hermana suya soltera, fíjense, soltera... la... Ramoncita; justo, la Ramoncita, que casó con Alberto Compte.

Ya tenemos el hilo.

Digamos que se casó... y su hermano Jorge y yo, que vivimos aquí, fuimos invitados á la boda. Tratándose de una boda era lógico que vistiéramos de frac ¿eh? Pues yo que le pregunto á Jorge: ¿es cosa de hacer dos equipajes para tan poco tiempo? Y él contesta, dice: tienes razón; envíame la ropa á casa y la meteremos en mi maleta, que no es tan grande como la tuya.

Dicho y hecho: en Gerona encontramos cada cual, dentro de la maleta de Jorge, el paquete respectivo, conteniendo una hermosa camisa bordada (esta misma que llevo), la corbata blanca, los guantes, toda la indumentaria negra correspondiente al frac, las botas de charol, el claqué, todo, en suma. Porque tanto la mujer de Jorge como la mía... á eso nadie les gana... son muy curiosas; que en casa es tradicional costumbre: no nos casamos sino con mujeres curiosas, muy curiosas. (*Pausa*).

¿Por dónde íbamos? ¡Calle, ya sé!

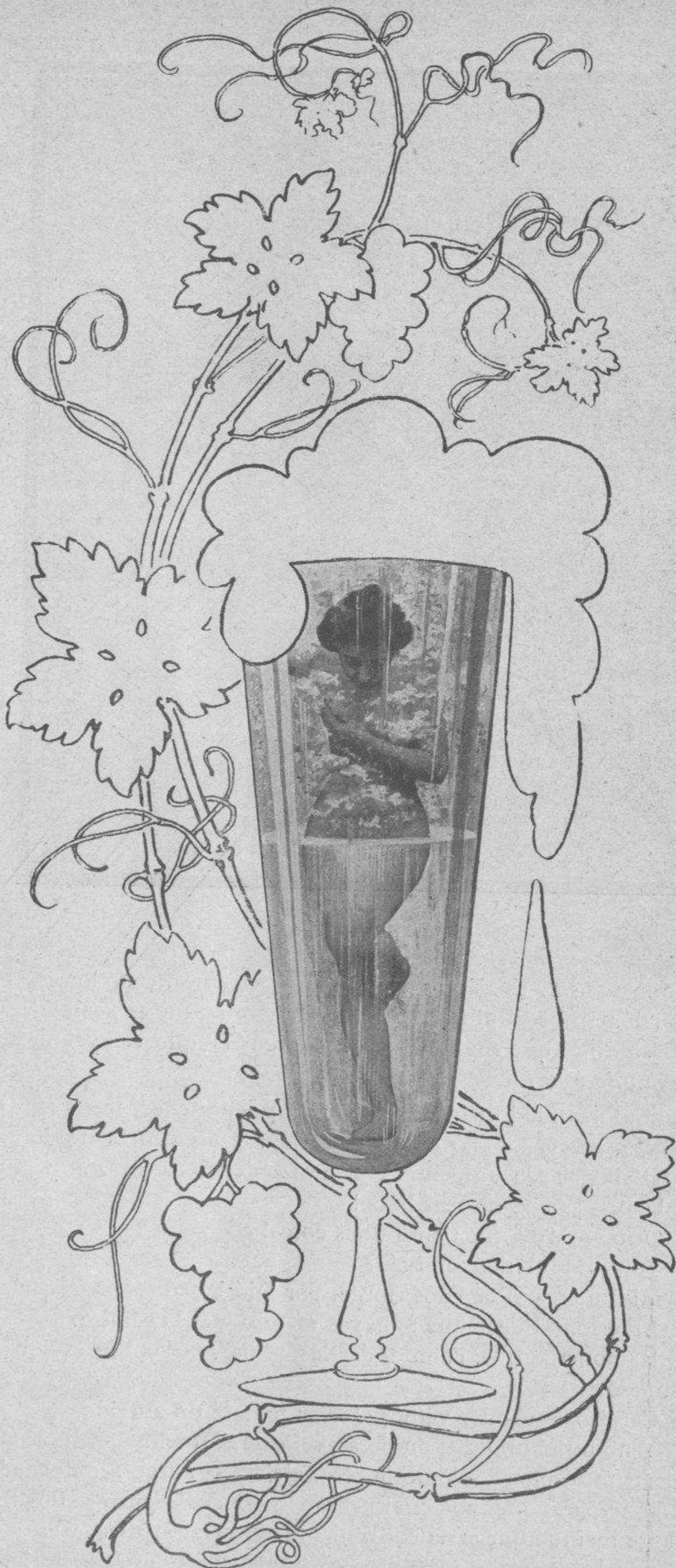
(1) Suprímase ó cámbiese la suposición si el actor no es bajito.

Pues nada; fuimos á la iglesia, comimos divinamente, felicitamos, yo á los tíos y á los primos; él, Jorge, á los padres y hermanos; y notando á la postre que los novios ni siquiera se tomaban el trabajo de disimular que les servíamos de estorbo, regresamos á Barcelona en el último tren.

Al otro día, ó al otro, Carolina, la esposa de Jorge, nos envió el paquete que, aconsejado por Rita, mi mujer, hice en Gerona al cambiar de traje, en tanto que mi primo envolvía el suyo. Y como una vez en casa, ya no me preocupo de estas nimiedades,—por eso me casé,—mi señora deshizo el envoltorio y puso cada prenda en su sitio.

Ocurre que... al cabo de un mes, más bien corto que largo, nos convidan los novios para la festividad de San Narciso, patrón de Gerona. Fué tanta su insistencia y tantas las señales de afecto, que no hubo manera de resistirse. Allá de nuevo Jorge y yo con las costillas. Conociase que los novios ya necesitaban distraerse... y pensamos: ¡hay que ir, hay que ir, pobrecillos! Sí, y... sí, y... nada, ahora pensaba en los novios. Lo que dice el refrán: «de raza le viene al galgo...» (*Pausa para volver á la hilación*).

¡Ah!... Pues ya estamos allí, cuando ¿qué dirán que maquina Jorge? Figurar en la procesión de Portaestandarte, para lo cual se nos había convidado á todos. A las cuatro va Jorge y sube á su habitación para vestirse de frac. Pero, ¡oh, Dios mío! La cosa es para vista más que



Una copa de champagne y el beso de una mujer.

Hé aquí, lector querido, la fórmula del placer.



—¿Quieren ustedes saber qué es el amor?

esto nada os dice? ¿No os asusta? Un mes antes, cuando casó Ramoncita, ¿no me caían estos pantalones que ni pintados? Pues si ahora no me es posible abrochármelos... si los reviento... ¿no significa que engordo espantosamente? ¿que estoy enfermo, muy enfermo? ¡Ay! (*Cambiando de tono*).

Entonces fué lo triste; quien más, quien menos, todos perdimos el color. Aquella hinchazón era, en efecto, alarmante. Carolina, y los padres de Jorge sobre todo, estaban que se les podía ahogar con un pelo. Pero se hizo de tripas corazón para consolar al paciente.

Uno.—¡Vaya, no seas bobo!

Otro.—¡Mira que tienes unas cosas!

Yo.—¿Maniático también?

Mi mujer.—¡Por Dios, Jorge, por Dios!

Alberto.—Puede que te hayas metido mal la camisa.

Ramoncita, que, como todas las novias, por entonces daba siempre la razón al marido.—  
Eso, eso.

Carolina.—Anda, vamos, Jorge: te haré un zurcido.

Y no hubo uno que pudiera explicarse aquella gordura tan inesperada como fenomenal. Mirábamos, blancos como la cera, alejarse á Jorge acompañado de su mujer, temiendo decir en alta voz lo que cada cual pensaba para sus adentros. Por fin, secándose dos lagrimones, la madre insinuó que sería conveniente avisar al médico, y así se hizo. Se presentó el facultativo cuando Jorge estaba en la procesión; escuchó nuestra historia, y luego que hubo reflexionado detenidamente, y conviniendo en que el caso tenía gravedad, prescribió: que comiera el pa-

para contada. A los pocos momentos baja en mangas de camisa, lo mismo que estoy yo ahora, sólo que él se nos presenta blanco como la pared y con una lágrima colgándole de cada ojo, más negra y de mayor tamaño que una aceituna.

—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa? — le preguntamos viéndole tan desolado.

Era tal el nudo que tenía en la garganta, que el demonio hacía hablar al pobre chico. Sin decir esta boca es mía, se nos vuelve de espaldas, dobla un poco el espinazo y ¿qué es lo que nos enseña, santo Dios? Suerte que estábamos en familia. Se le había reventado el pantalón por detrás, y en tal forma, que el roto parecía ni más ni menos que el zigzag de un relámpago.

—Bueno, ¿y qué?—exclamamos á coro sin explicarnos todavía la desolación de Jorge.

—¿Cómo y qué? (*Gimoteando*). ¿De manera que

ciente con moderación; nada de verduras; que no bebiera sino te, á sorbitos; que redujera á cinco ó seis las horas del descanso; que hiciera gimnasia y que caminase mucho; que tirara al florete; que se comprara una bicicleta; que se hiciera practicar el masaje; que tomase las sales de Mariembad; que... ¡qué sé yo!... en suma, que pasara la vida alejado del despacho, se perjudicara ó no en sus intereses, y que se gastase todo cuanto tenía en *sports* y medicamentos.

¡Calculen el apuro de Carolina! Pero en todo se le obedeció.

Volvemos á Barcelona... y al cabo de quince días, se le ocurre casarse á un hermano de Rita y hacerme padrino. La boda era á las ocho. Media hora antes me subo al cuarto donde mi mujer tenía ya preparadas todas las mecánicas del frac, y empiezo á vestirme. ¡Ay, caballeros, si llegan ustedes á verme en el punto en que iba á abrocharme los pantalones! ¡Qué espanto, qué helor de muerte, qué...! Nada, que si no entra mi mujer y corre á sostenerme... caigo, caigo, no hay más; ruedo por tierra inerte como herido del rayo. (*Casi lloroso*).

—¡Mira, mira, Ritilla; me evaporo, me fundo como la manteca que pones en la sartén al fuego!—exclamé anonadado viéndome dentro de una cintura que me venía más de un palmo ancha: la de estos pantalones, amigos, los propios.

Mi mujer tuvo una inspiración feliz: corrió al armario, y apareciendo con otros pantalones negros, me suelta, radiante de alegría

—Toma, hombre, toma; estos deben ser los tuyos.

Los cojo, los miro... ¡ca! No tenían *trencilla*, no eran los del frac. Este desengaño dió al traste con mis pocas energías, y caí, presa de un síncope, en el sofá. Presentáronse mis hijos, los criados, todo el mundo. Friegas por aquí, esencias por allá, hiciéronme recobrar el sentido. Cuando pude abrir los ojos, estaban todos lívidos: nadie chistaba; á la legua se descubría que no encontraban razones con qué consolarme. Y á mí, un sudor se me iba y otro se me venía, y me mataba el espanto. Cuando... estando en tales angustias, voy y meto instintivamente la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo, y aparece uno con iniciales de colores muy vistosos. Eran las de mi primo.

—Ya está el lío deshecho; ahora se comprende que...—gritó mi mujer soltando el trapo, con risa convulsiva que hacía estremecer.—Ese pantalón pertenece á Jorge y él no hizo más que reventar el tuyo.

Hubiérais visto los abrazos y los besos que se repartieron allí; todos reíamos á la par. Todo era poco para expresar aquella alegría rayana en locura.

—Anda, anda, sube en el coche que me espera; preséntate en casa de Jorge con estos pantalones y que te entreguen los remendados,—grité á la criada.—Oye, y

EL AMOR—2



—Una pompa de jabón...

## La Saeta

díle al señorito que venda la bicicleta, que coma, que beba, que duerma, que despache á los maestros de esgrima y de gimnasia, y que dé, sobre todo, un fuerte puntapié al maldito que le hace sufrir tanto, planchándole los nervios... Anda, corre, corre, que el novio estará ya á estas horas diciendo pestes de mí.

¿Verdad que el lance es chistoso? Pues aun falta lo mejor.

(Pausa, recordando).

Vuelve la criada, y me dice, entregándome unos pantalones negros con galoncillo:

—Dice que pruebe si le sirven éstos, porque los de usted quedaron inútiles. Según parece, al sacárselos los acabó de reventar.

—¿Estos?, ¿éstos?, ¿y de quién son éstos?

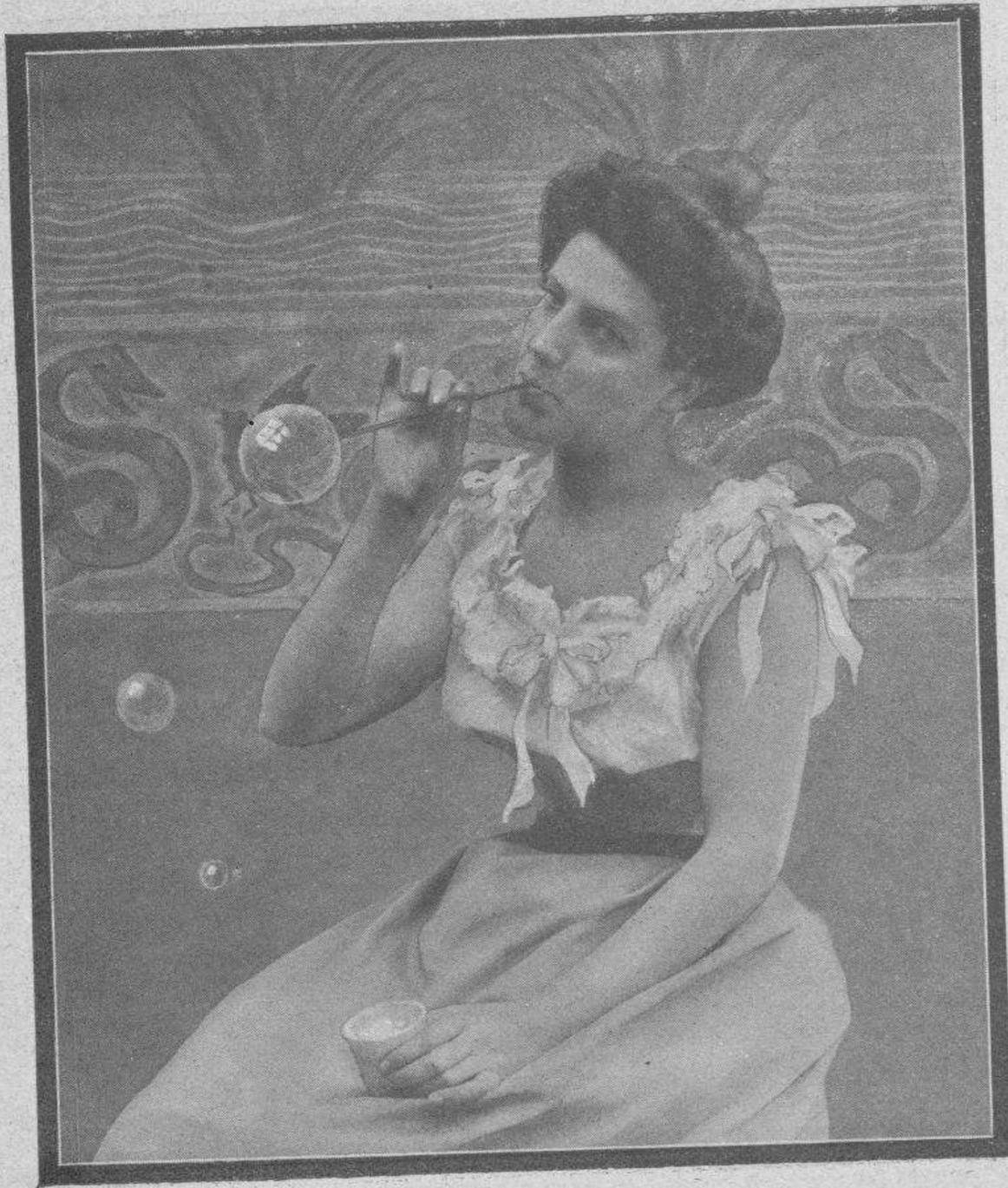
—De él mismo; los llevaba de soltero.

Figúrense con qué desconfianza me los pondría. «¿De cuando era soltero? ¿Seis ú ocho años atrás? ¡Ayer, como si dijéramos!» Lo cierto es que pasados de moda ó nó, me caían, ó mejor dicho, se me aguantaban bien, y me sacaron del conflicto. La boda se verificó aquella misma noche y yo pude apadrinar á los novios.

¿Dirán ustedes que acaba ahí la historia? La mar y sus arenas. Estamos en el lío más gordo. Escuchen y vayan tomando nota, y sino ¡ay! cuenten con los dedos, créanme.

Quería Carolina restituirme los pantalones que su marido estropeó, pero yo me negué en redondo á que me los pagasen. Entonces, ¿qué es lo que fragua? Hacer que los componga un zurcidor, notable en su oficio. Manos á la obra; los deja encima de su cama y corre en busca del maestro; cuando sucede que se presenta en casa de Carolina, nuestra criada, á devolver con recado de mi esposa los pantalones que había lucido Jorge de soltero. Los recibe la

EL AMOR.—3



—Que se hincha..

cocinera y los coloca sobre la cama del señorito. Llega... (¡ay, ay, que pierdo la cabeza!) Llega Carolina, y desde abajo, desde la portería,—porque se le ocurre que lo mejor es venir á avisarnos para que yo no me encargue otra prenda igual,—llama, ¡pom, pom, pom! Sale la camarera, y hablando por el vano de la escalerilla, ordénale su señora, Carolina, que coja los pantalones que encontrará sobre el lecho y que se los lleve al sastre remendón. Al salir de mi casa, se dirige Carolina á la suya, y enterada de que ya se le han mandado los pantalones de soltero de Jorge, conmovida por las lágrimas de un mendigo que la esperaba en el *recibidor*, dice á la cocinera que le dé el pantalón que la tal ha recibido, y ¿qué hace? se lo regala al pobre. Poco después se presenta la camarera con los pantalones que se llevó por orden de su ama, asegurando que el zurcidor no halla re-

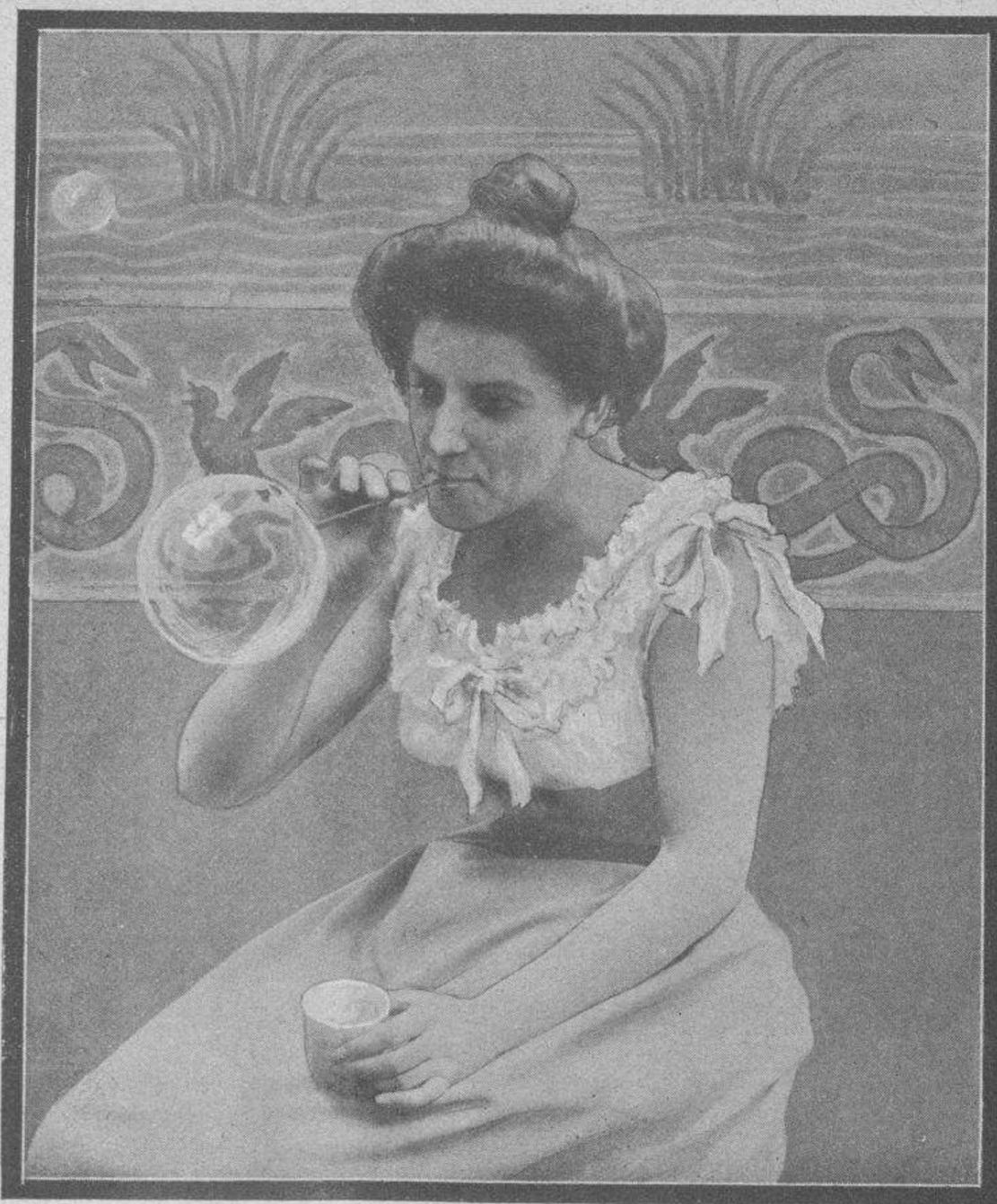
miendo que hacer. «¿Cómo se entiende? ¿Qué será, qué no será?...» Resulta que Carolina dió los míos al pobre, y que la camarera llevó al zurcidor los de su amo. Bien que estuviera avergonzada, ó que tramase algo, Carolina se ha callado como un muerto hasta hoy, hasta hoy, que debiendo asistir yo, dentro de un cuarto de hora, á una recepción, envió á buscar los pantalones zurcidos. ¿Y qué hace? Miren si es atolondrada. No me envía los de soltero... ¡me envía los anchos!

¿No hay para darse de cabezadas contra la pared? Contesten. ¿Cómo voy con estas bragas que se me escurren así? Callen, que he oído abrir la puerta: puede que lleguen los otros, los providenciales. Si continúa la historia, les daré otro día la segunda entrega. (*Mirando al punto de salida y encaminándose hacia él*). ¡Ea, déjame pasar, comprometedor!

TELÓN

NARCISO OLLER

Traducción de J. F. LUJÁN



—Se hincha...

## Cuartillas sueltas

**A**NDÁ! Han concluído los ayunos... y los flatos, y ustedes perdonen la libertad que me tomo.

No es que yo lo sepa, porque á Dios gracias no me ha tomado nunca el pelo el zancarrón de Mahoma.

El cual zancarrón dijo á su pueblo creyente: no comeréis, porque yo sé mucho, y sé que andando el tiempo llegarán unos días en que los médicos, tratando de la higiene, pregonen que es necesario hacer penitencia contra la gula.

Conste que eso de la gula no va por mí, pues entre otras virtudes tengo la de ser guapo chico, y por contra, la de no ser glotón.

¡Comer! me gusta sentarme á una buena mesa; pero se me crispan los nervios si derraman el vino, y si veo que mis cofrades mascan... á mandíbula batiente.

Bueno está que se coma, pero sin caer en pecado mortal.

Digo, ó decía que han concluído los ayunos.

Rectifico.

Han concluído oficialmente. O sea: ya no hay que consultar el calendario para saber si es ó no es día de abstinencia.

Porque en cuanto al ayunar, para algunos españoles, todo el año es viernes de cuaresma.

Digamos como un diputado que no nombro, por no gustarme señalar con el dedo: la *inmensa mayoría*.

¡Y tan inmensa! Como que seremos todos maestros de escuela (aunque el chiste resulte vulgarísimo) dentro de poco.

¡Al paso de carga que llevan las *ocurrencias* de Villaverde!

Ya se han subido hasta... hasta las corridas de toros.

No entiendo bien la cosa, porque en eso me ocurre lo que con el tabaco, que no pago un céntimo de plus; pero, en fin, sé que se han subido, porque he oído protestas de algunos aficionados muy formales.

Muy formales las protestas, conste.



—A lo mejor revienta...

Y cuando en un país como éste protestan los que van á los toros, hay que creer en el desconcierto hacendístico del ministro del Ramo.

El señor Villaverde está dejado de la mano de Dios. Puede él obligar á Cristo padre, como dice el zapatero que me echa medias suelas y tacones, al pago de... de lo que desee; del aliento inclusive; ¡pero no respetar á los fumadores y á los taurómacas! Ese es un error que el mismo Mendizábal le envidiaría. Ya verán ustedes en qué paran esas misas y ya me dirá el ministro de donde salen.

¡Cuernos! ¡humo! Dos incógnitas de una ecuación irresoluble.

\*\*

Por ahí he visto á muchos que llevan en el bolsillo la ley del timbre.

Como para los más entiendo que son inútiles las matemáticas, les he preguntado el motivo.

Es que no se atreven á salir de casa sin saber á cuántas pesetas les resulta cada paso que dan.

¡Tontos! Que hagan lo que yo: á mí que me pongan cabeza para abajo y que recojan todos los cuartos que me caigan del bolsillo.

CLAUDIO UGENA

## LIBROS Y COMEDIAS

Teatre d'aficionats.—Comedies y monólechs, por Narciso Oller

**O**CASIÓN oportuna esperaba en que demostrar á Oller cuánto le admiro, y cómo le respeto, y cómo le distinguí siempre entre los varones insignes que enaltecen á la patria con su talento y con su cultura intelectual; pero con valer mucho la obra que dejo sobre la mesa y que Oller ha tenido la para mí inmerecida bondad de remitirme, no es ciertamente la que más se presta á abrir tan interesante estudio. De Oller hay que hablar profunda y extensamente, porque no es labor aislada la suya, y tratándose de tan pobre ingenio como el mío, con mucha parsimonia y con sobrado temor. He de ajustar, pues, mis deseos á la proporción de un simple apunte, dejando para otra circunstancia el examen prolijo y concienzudo de su tarea artística.

Explica Oller en un prólogo (que al mérito de la brevedad une la virtud de ser tan profundo en doctrina literaria como discretísimo en exposición) el propósito que le animó á publicar esta obra, reuniendo varias piezas selectas, escogidas para aficionados, con el laudable deseo de que las representen sin violencia alguna y sin reñir con sus hábitos naturales, con sus aptitudes. Recuerdo que tiempo atrás, nó muchos años, ponían los comediantes incipientes toda su atención en obras como *El Puñal del Godo*, por el fútil motivo de que no se necesitaban mujeres para el reparto, ó en el *Don Juan Tenorio*, por el otro no menos simple de que servía maravillosamente para remover la vanidad de los galanes. Por su índole y por sus dificultades en punto á desempeño, no son libros que aprovechen á inteligencias medianamente educadas en arte tan difícil como el de la representación (faltas de inspiración ó de estudio), y en tal sentido, para despertar la emoción estética, nulas. Oller señala, hablando de obras castellanas y catalanas conocidas, con muy buen acuerdo, el peligro de caer en un amaneramiento burdo, por el prurito, muy natural (cuando se trata de sistemas artificiosos) de incurrir en imitaciones pueriles. Él no lo dice, pero para mí es indudable que á este peligro se debe en

primer término la falta de actores recomendables que se nota en nuestros cuadros dramáticos y cómicos. ¡Cuántos de los que, con estudio y constancia y procurando educar su temperamento, pudieran haber conseguido salir de la esfera de medianías insulsas, se malogran! Nuestros aficionados pierden el miedo en esos teatrillos donde se escogen piezas que, á más de aplaudidas, han logrado cierta popularidad; ocurre que no siempre es el talento del escritor, ¿el talento digo?, ni aun el gusto, la virtud que brilla en la obra y que despertó el aplauso: y en tales condiciones raro es que se eduque el artista, y menos que alcance aquella discreta perfección tan indispensable en el arte de la escena como en arte alguno. Añadamos que lo más común es copiar, remedándolas, determinadas genialidades que distinguen á los cómicos famosos, en tal guisa, que no se observa é imita el genio, sino los signos exteriores, á veces producto de una puerilidad candorosa; y que siendo en todo caso una aberración reñida, naturalmente, con la estética, consigue hasta cierto punto disculpa, como ocurre con algunas mujeres que pudiéramos llamar superiores, y en quienes la fealdad misma constituye una gracia adorable. Yo he visto *plagiar* (también en esto hay plagios) á Calvo con indiscutible destreza, pero ¿qué era la copia sino triste recuerdo de sus defectos... de sus *recursos*? Se imita lo malo, lo pobre, lo *escaso*, en suma, de la aptitud.

En la obra de Oller se ha combatido esta inclinación instintiva procurando anular toda influencia externa para que el aficionado se esfuerce en lucir por el estudio del papel, y nó por lo que recuerda del cómico tal en cual obra. Yo no digo que con ello baste para formar actores, ni que constituya el procedimiento un remedio seguro contra nuestra decadencia triste; pero sí afirmo que tiene, entre otras ventajas, la de educar el gusto, ayudando á que cuantos distraen el ocio en tales entretenimientos adquieran hábitos de cultura artística y literaria, de que desgraciadamente no estamos muy sobrados en nuestro país.

*Teatre d'aficionats*, es, en efecto, una galana y amenísima colección de piezas en un acto, y de monólogos hábiles, regocijados, que satisfacen á maravilla este ideal. Oller ha recurrido á escritores como Ferrier, Theuriot, Gondinet, Tourgueneff y Gros, que poseen el difícil secreto de escribir obras delicadas, á veces sutiles, con admirable sencillez: sin penosas complicaciones de concepto ni de formas imposibles de vencer para la débil iniciación del aficionado, y sin empalagosas lecciones morales, en que suelen muchos demostrar su ignorancia de la *ética*. La labor de Oller en esta parte es digna del mayor encomio: aunque las piezas son de autores extranjeros, no se nota en la adaptación la más leve influencia de lenguaje, virtud que es tal virtud en un país donde casi todas las traducciones tienen *acento*, á más de tener galicismos.

Completan la serie un proverbio *Qui no 'n te se 'n busca*, y tres monólogos *La Grossa*, *Los pantalons* y *Médico cirujano*, escritos por Oller. De los monólogos doy una muestra en este mismo número, tomándome la libertad inaudita de traducir *Los pantalones*; no llega, claro que nó, mi ingenio á triunfar de las dificultades que ofrece el traslado de un idioma, como Oller triunfa; pero no he podido resistir la tentación, confiando en que la buena voluntad me disculpe. Del proverbio diré que acusa, entre otras bellezas, la mano talentosa que lo ha escrito; amén de una observación profunda en ese estudio difícilísimo de la psicología popular, aplicada á los entes de la escena.

El tino de Oller está en el acendrado gusto literario con que supo ajustar su trabajo de selección, proporcionando elementos de cultura que ennoblezcan este entretenimiento honesto y que prospere en todas las clases sociales. Oller debe continuar su obra.

J. F. Luján

## EL AMOR.—6



—Y se acabó el amor, y el carbón y todo.



## En Despertar

(MONÓLOGO DE UNA DONCELLA EN VÍSPERAS DE BODA)

¡Jesús, qué sueño! ¡Qué cosas más raras se le ocurren á una cuando está en vísperas de casarse! Y yo creo que es de tanto darle vueltas á la imaginación, de tanto torturarla con preguntas que no obtienen respuesta. Veamos: ¿qué es el novio? En dos años de relaciones no se me había ocurrido pensarlo... digo, pensarlo como lo pienso ahora: francamente, hace ocho días que no es el mismo novio, aquel de quien no exigía sino que me amara mucho, que viniera á verme puntualmente, que me llamase guapa, y que aprovechara todos los descuidos y distracciones mías para darme un beso... por supuesto, enfadándome yo. No es el mismo... ¿qué, si hasta se me figura que le miro recelosa, como si me asustara, como si me infundiera temor y pavor!

¿Por qué? ¿No le quiero? Sí: este corazoncito no alienta sino para él ¡y con cuánto y cuán vehemente cariño! ¡Es tan guapo, tan gallardo, tan mimoso, tan... tan pillo! Cuando me dijo poniéndose formalote que nos casábamos, sentí, aquí, aquí mismo un golpe que... ¡después qué risa! ¿pues no se me figuró que reventaba este tuno, como cuando explota una caldera y que toda la sangre se me escapaba por la piel? Y es que, en efecto, según me explicó él más tarde, la sangrecita caldeada por una felicidad sin nombre, saltó bulliciosa é hirviente, quemando al circular por las venas todo mi ser.

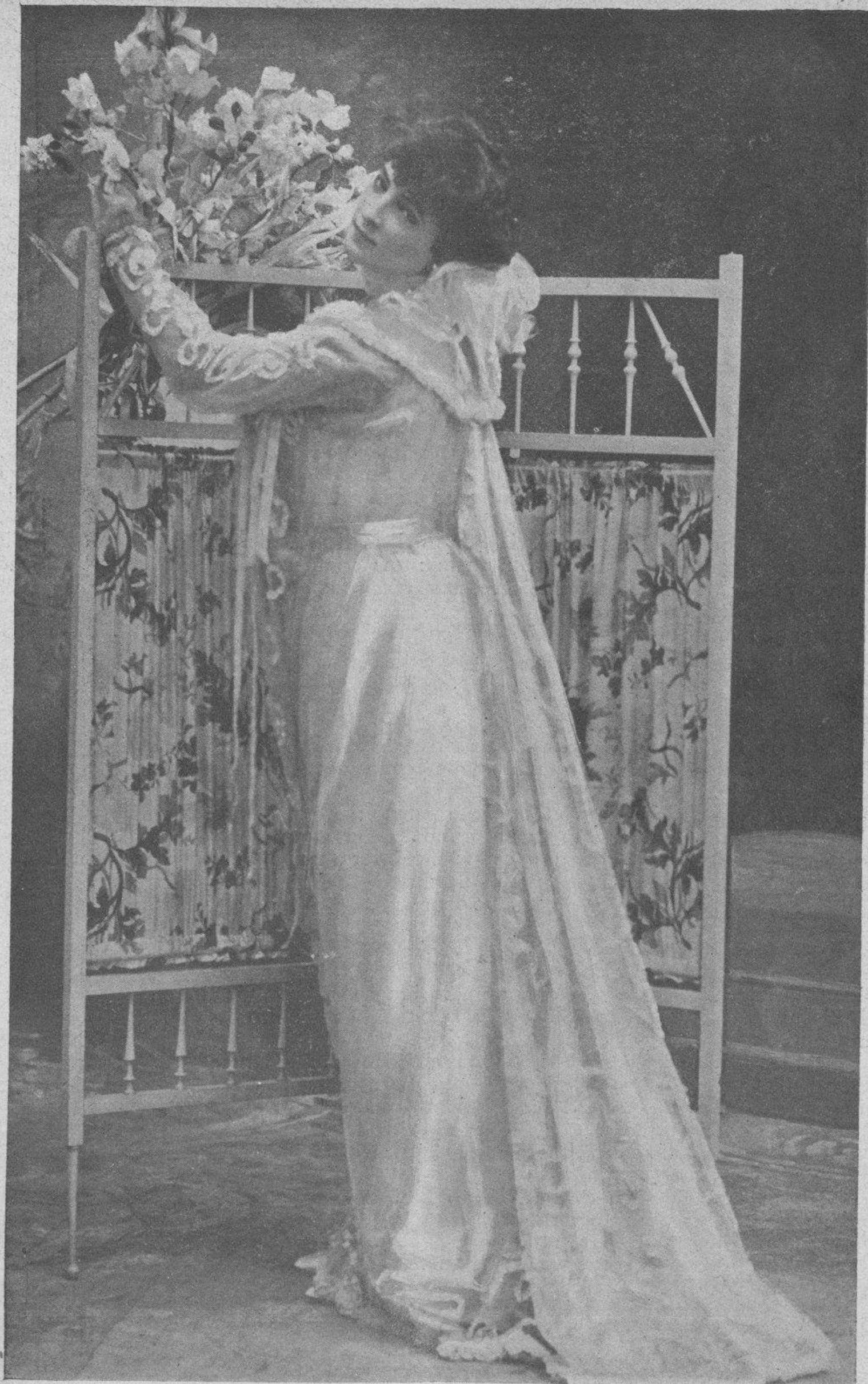
—Diabluras del rubor,—añadió mi novio.

Bueno, ¿y por qué me ruborizaba? ¿No estaba previsto que tanto amor y tanta ternura, habían de acabar en casorio? Sí, pero el caso es que desde entonces comenzó esta congoja, este continuo levantar castillos al aire, y esta inacabable pesadilla de los sueños. Hoy he soñado que... que tenía un rorro aquí, aquí mismo, pegadito á este pecho, y el pillastre con una cara muy mona, muy tuna, parecía adivinar mis pensamientos y burlarse de mí. Otra que bien baila es ésta: yo he visto muchos chiquitines en esa forma, y los he visto como la cosa más natural del mundo... y ahora, acordándome del diablillo de mi sueño... pues ya no me parece tan natural la cosa. Comprendo, así, vagamente, que la criatura representa... vamos, representa la solución del enigma; pero ¿cómo? Decididamente una se casa para eso; para crear hijos... ¡anda! ¡qué herejía se me ocurre! ¡Si no hay nada más malo para una doncella que hallarse en vísperas de boda! Los hijos los crea Dios. Bueno, pues para amarse no es: porque para amar se tiene novio, y basta.

Nó, á mí que no me digan: hay motivos y más que motivos para esta inusitada preocupación. Contemos como las viejas, por los dedos; pasado mañana me caso, una; al casarme se operará una revolución en mis costumbres, otra. Eso, otra, y no va más: raya y suma. Ahora he dado con el misterio de mis sustos: la revolución asusta á todo el mundo, á los que la hacen y á los que la padecen. Ignoro cómo será, pero me figuro que casándome he de perder esta libertad hermosa que es mi encanto. En esta misma cama, cuando despierte, verá una cabeza junto á la mía. Eso es, precisamente, lo que yo no comprendo bien. ¿Por qué no he de dormir á mis anchas? ¿Qué razón hay para que venga otro á disputarme la mitad del lecho? Aquí caben dos, y hasta tres. ¿Tres? Ah, sí, el rorro. ¿El rorro?, menos mal, porque un chiquitín casi cabe en el hueco de la mano, ¡pero un grandullón! ¡Y yo que no sé estarme quieta, y me hago un ovillo y necesito casi doble espacio para descansar! Será eso una tiranía insostenible: porque cuando despierte, ¡despertaré como ahora y podré estirar los brazos y sonreír pensando en todo lo que de soltera pienso?

Nó... el instinto me dice que nó, pero en cambio... verle dormido junto á mí, despertarle con un beso en los ojos... ¡ay, Dios mío, Dios mío, qué cosas se le ocurren á una en vísperas de boda! ¿El casarse es un bien? ¿es un mal?

Clak



ROSA DEMAY

Una de las mujeres parisienses más en boga. Entró en el teatro, debutando en la *Renaissance*, después de haber tomado lecciones de Mlle. Scrivaneck. Su collar de perlas es considerado como el más hermoso que existe en París. Jugadora desenfrenada, sobre el tapete de Monte-Carlo ha visto desaparecer más de cien mil francos.

## MUJERES DE «SPRIT»



A gracia y el champagne son tal vez los dos productos que en mayor cantidad exporta Francia.

Nuestros *gourmets* podrían decirnos, por lo que al champagne se refiere, los miles y miles de botellas que Muum, la viuda Clicquot, Moët y Chandon y Luis Roederer les consiguan anualmente.

En cuanto á la gracia, si los autores cómicos españoles quisiesen hablar,—que no querrán,—con asombro nos enteraríamos de las toneladas que de ese preciado *artículo* pasan cada día la frontera... sin pagar derechos de aduana.

Dejando el champagne para cuando tengamos á mano una botella en cuyo honor echar un párrafo, nos contentaremos hoy con beber unos sorbitos de gracia francesa.

Y á más de francesa, femenina, que es como si dijéramos miel sobre hojuelas.

El *sprit* de nuestras vecinas es producto exclusivo de su tierra. Como su elegancia, no puede confundirse con el de ninguna otra mujer. Sus *mots*, ingeniosos, vibrantes, lanzados rápidamente á manera de dardo, tienen algo de la sal andaluza y mucho de la pimienta castellana.

Agítese en el mundo galante, mézclese en intrigas diplomáticas, muévase en un ambiente artístico, la mujer francesa es siempre la misma: una criatura adorable, que muerde riendo y que aun en los trances más apurados sabe conservar su aplomo y decir, con el más angelical candor, las mayores atrocidades.

Pero ¿á qué tomarnos el trabajo de sostener que el sol despide luz? Mostrémosle brillando en el espacio, y quedará hecha la prueba.

\* \* \*

Magdalena Brohan estaba á punto de casarse con Mario Uchard. Una *amiga* de éste, despechada por el abandono de su amante y deseando mortificar á la Brohan, la abordó con mucho desparpajo.

—¿Tu futuro?—le dijo:—Le conozco hace mucho tiempo. Es mi futuro... pasado.

La agredida, sin inmutarse lo más mínimo, se contentó con responderle:

—Señora, ya sabía yo que era imposible encontrar á un hombre que no la hubiese conocido á usted.

¿Puede darse *parada* más terriblemente oportuna?

✂

Madame de Simier, ex querida de Enrique IV, envolviendo en las redes de sus hechizos al joven Randan, logró arrancarle una formal promesa de casamiento.

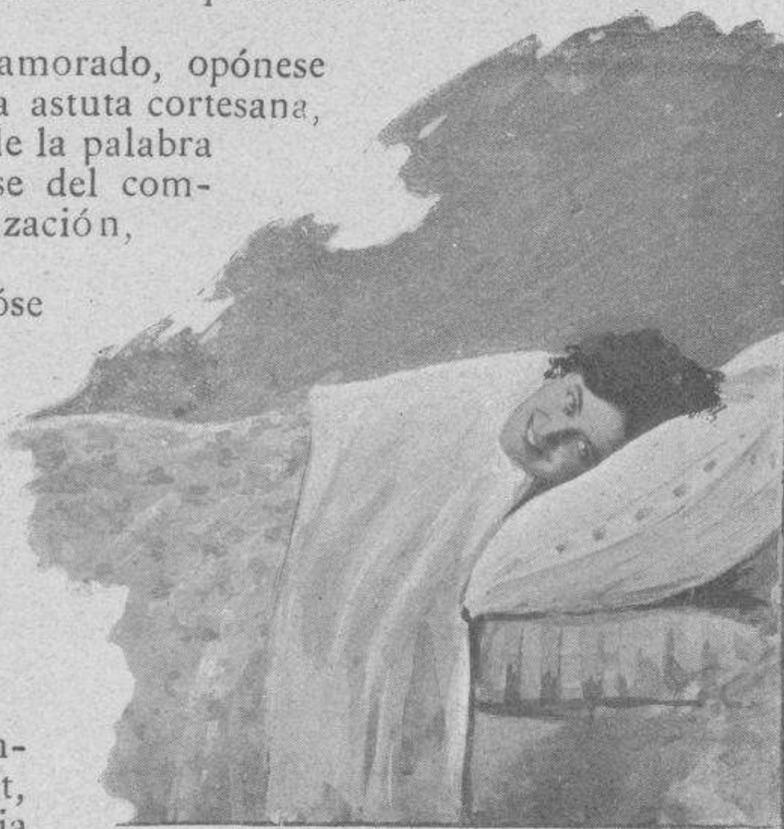
Enterada de ello la familia del inocente enamorado, opónese al descabellado enlace. Median negociaciones. La astuta cortesana, herida en su *dignidad*, exige el cumplimiento de la palabra empeñada, y el pobre Randan no consigue librarse del compromiso sino entregando, en concepto de indemnización, seis mil escudos á la bella Simier.

Poco amiga ésta de guardar el dinero, gastóse inmediatamente una buena parte de él en un hermoso vestido ornado de riquísimas plumas, y como un día, luciendo ese traje, viese la Simier en el Louvre á la madre del pobre pagano, se le acercó y le dijo socarronamente:

—El pájaro se me escapó, pero, ya lo véis, ha dejado algunas plumas.

✂

A Luis XVIII, después de la tercera representación del *Ricardo*, ocurriósele obsequiar á Huet, actor realista, y le mandó á su cuarto una caja



sellada con la flor de lis. Abrióla el actor y vió que contenía diez y ocho cubiertos de plata.

—¡Delicada alusión!—exclamó, adivinando el símbolo. Y dirigiéndose á la actriz madame Gavaudan, que estaba presente:—Mirad,—le dijo;—es Luis diez y ocho, y me envía diez y ocho cubiertos.

—¡Qué lástima,—murmuró la artista,—que en vez de ser Luis diez y ocho, no sea Luis treinta y seis.



Suponiendo que su influencia en palacio le daba derecho para no quedarse corta en pedir, la marquesa de la Baume solicitaba del rey, para su hijo el conde de Tallard, que apenas contaba diez y siete años, la jefatura del ejército de Lyon.

—Imposible,—contestó el monarca:—Es demasiado joven.

—¡Ah, señor!—repuso la marquesa, muy formal:—Os aseguro que ese es un defecto del que se irá corrigiendo poco á poco.



Que no es en Francia el *sprit* patrimonio exclusivo de las clases elevadas, demuéstrole palpablemente el siguiente hecho:

En una calle céntrica de París, madame Cornuel es detenida por una pordiosera que, seguida de cinco chiquillos, le pide una limosna.

—¡Cómo!—le dice la dama, contando escandalizada los hijos de la mendiga:—¿No tenéis con qué alimentaros, y sin embargo no sabéis conteneros?

—¡Qué queréis!—replica la infeliz:—Cuando nos falta el pan nos entretenemos con la carne.



Para concluir, nada más á propósito que la última frase de la célebre Pompadour.

La favorita de Luis XV iba á morir y acababa de recibir los auxilios espirituales. El confesor le dirigió los postreros consuelos y se dispuso á abandonar la cámara.

Notó la moribunda la intención del sacerdote, y con voz segura le dijo:

—Si os aguardáis un momento... nos iremos juntos.



Así son las mujeres francesas.

¿Existe otra nación, hablemos francamente, que pueda arrancar de su flora intelectual un ramillete de tan exquisita fragancia?

ADOLFO PALMA



ARTISTA DE CIRCO  
Casi casi dispuesta á trabajar

## AL INVIERNO

Aborrecida estación  
enemiga de Natura,  
tu baja temperatura  
nos transporta al Septentrión.

Tú los rojos horizontes  
enlutas por las mañanas  
y logras que peinen canas  
las cabezas de los montes.

Dureza prestas al suelo,  
lágrimas á las canales  
y á nuestras fosas nasales  
gruesos témpanos de hielo.

Tus huracanes esquivos  
el campo dejan escueto;  
árboles en esqueleto  
y ramas en cueros vivos.

Y en completa desnudez  
el valle, el monte y el llano,  
son un desierto africano  
los jardines de Aranjuez.

En tu glacial estación  
siempre tiritando están  
todos los hijos de Adán,  
parientes de Sorbetón.

Y tus helados Eneiros,  
verdugos de lavanderas,  
son coco de los horteras  
y dios de los carboneros.

Que á éstos les das á montones  
pesetas y parroquianos  
y á aquéllas das en las manos  
grietas y sabañones.

De ti reniega Talía,  
pues con tus días tan crudos,  
entre toses y estornudos  
la mejor escena es *fría*.

Sufre el arte atroz miseria  
y está el teatro desierto,  
y es cada nariz un puerto,  
cada boca una Siberia.

Yace el amor en la cama  
adormeciendo su afán,  
el dengue en todo galán  
y el trancazo en toda dama.

Se hace el hombre más casero  
y olvida las amistades,  
elevando á majestades  
la camilla y el brasero.

No hay ser que no se constipe  
al ver al aire una calva,  
ni casa sin flor de malva,  
ni ciudadano sin gripe (1).

Toda atmósfera es glacial,  
toda agua fría veneno,  
cataplasmas todo seno  
—aunque sea virginal.—

Mudo se consume el bardo  
no en la reja, en la cocina,  
y el sol es... la espada fina  
del mismísimo Bernardo.

Inmensos tus males son;  
pero he de decir también  
que proporcionas un bien.  
¿Que cuál es éste? ¡El jamón!

Por un mísero pernil  
te aplauden en comitiva  
*desde la princesa altiva*  
á la pescadora vil.

Mas, ¿quién que sepa pensar  
no se hace estas reflexiones?:  
«¡Ah! ¡Si nos das los jamones  
bien nos los haces pagar!

¿Qué mucho que algo nos des  
si resultas tan carero?»  
Eres mi amigo y te quiero,  
pero á mi lado no estés.

Dame un jamón y un abrazo  
y lárgate á toda prisa:  
¡Muera yo de hartó ó de risa,  
pero nunca de... trancazo.

EL PALETO BACHILLER

(1) ¡Horror! ¡Puse una p menos! — ¿Qué me dirá la Academia?  
Que he mermado la epidemia — más que todos los Galenos.

## Rayo de Sol

PARA EUGENIO BLANCO



—¿Peligroso el ejercicio? ¡Cá! Me fio yo más de una cuerda de cáñamo... que de un hombre de carne y hueso.

pisado ya tierra española Eugenio Blanco, el famoso coronel de los macabeles que en Filipinas supo dejar nuestro pabellón á mucha mayor altura de la que lo colocaron nuestros gobernantes en el Tratado de París. Pero haya llegado ó nó, digno es de que consagremos este recuerdo á sus gloriosos hechos de armas, cuando al mando de sus soldados indígenas, batía en el bosque, en el monte, en el poblado, donde se hallaren, á los enemigos de la enseña nacional, pudiendo considerarle como el rayo de sol que brilló con diáfana claridad en medio del cielo aturbonado, rasgando con energía y lucidez extraordinarias los nubarrones plomizos que cubrían el espléndido firmamento de nuestras victorias patrias, en aquellos días de funesta y eterna recordación.

Sí; descubrámonos con respeto ante la personalidad de Eugenio Blanco, que hace revivir en nuestras imaginaciones el recuerdo de los héroes inmortales de la Historia y enviemos un saludo cariñoso á sus anónimos soldados, que vienen á España á recordarnos que si hemos perdido un imperio colonial, no han tenido ellos la culpa, sino los que con su mala fe y con su escasa ilustración en el arte de la guerra, nos han conducido á la derrota más vergonzosa que darse puede.

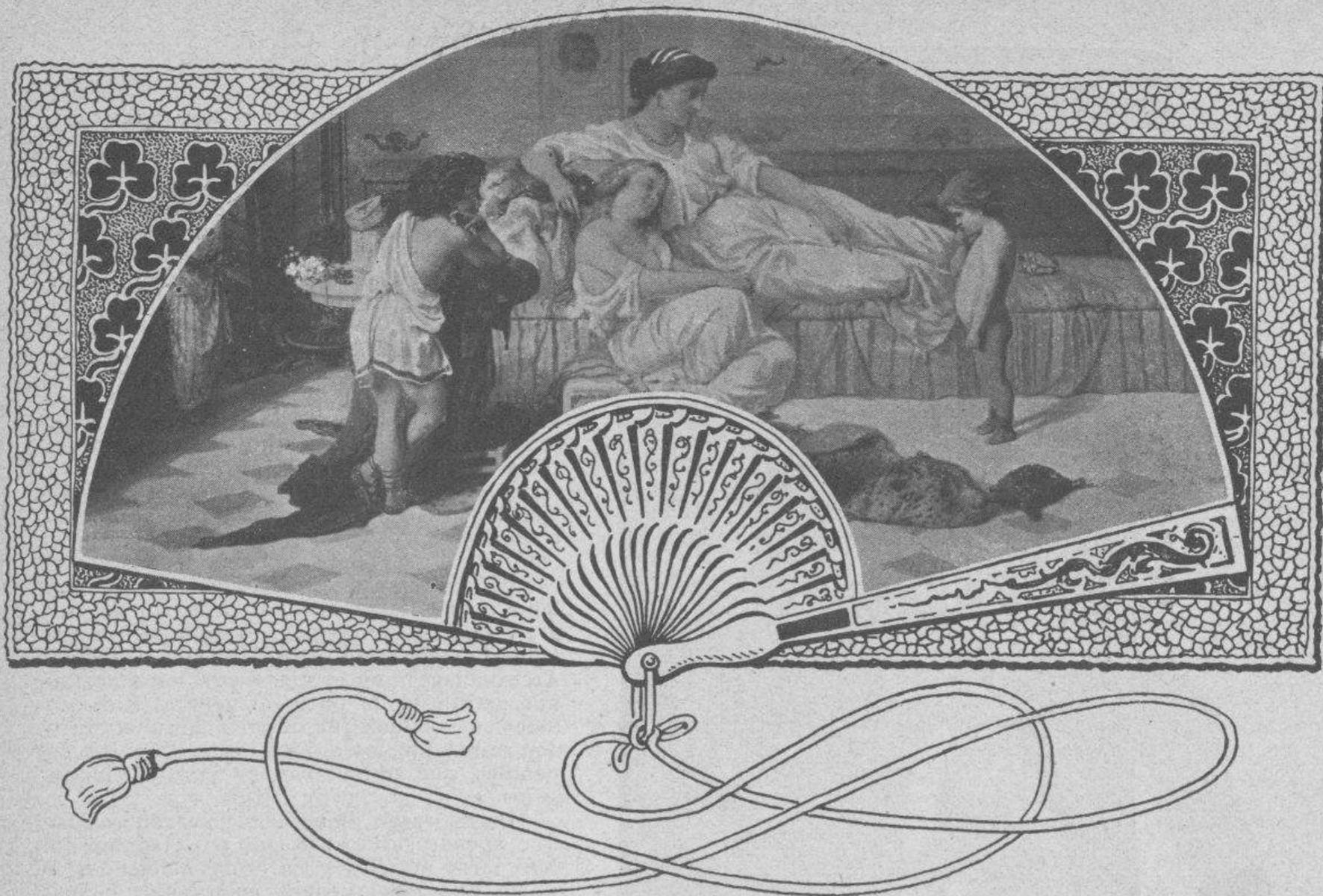
Dícese que Eugenio Blanco volverá á Filipinas después de conseguir por medio del Gobierno que se le conceda la nacionalidad española en aquel Archipiélago, á lo cual parece que los yankees no quieren acceder; pero sería una lástima que antes de regresar á su tierra natal no visitara al general Augustí en su casa de Victoria para recordarle la conversación que sostuvo con él en su palacio de la Capitanía general de Manila cuando pensó en crear las milicias filipinas y obligarle á confesar la falta de tino que demostró en aquellos momentos.

Y bueno fuera también que Blanco dijera al país algo de lo mucho que éste no sabe aún respecto de aquella hecatombe.

Si le veo, después de abrazarle, no dejaré de decirle lo que apunto.

\*\*

CARLOS RIA-BAJA



## El Abanico

¿QUÉ es es el agua?—preguntábale un profesor á su discípulo.

Y éste le respondía con ingenua naturalidad:—Es un líquido compuesto de oxígeno é hidrógeno, que se aplica á muchos usos, y hasta se dice que hay personas que la beben.

Parecida definición puede darse del abanico.—Es un objeto que sirve para infinidad de cosas, y hasta hay quien lo usa para abanicarse.

Alguien le ha calificado de «cetro de la belleza,» y á fe que no puede dársele mote más apropiado. El abanico, en manos de una mujer elegante, es el mejor emblema de su soberanía.

Con el abanico se gobierna, se llama, se despide, se enciende una pasión, se mata una esperanza, se advierte un peligro, se oculta la turbación, se vela la risa, se encubre un bostezo, se señala el camino de la gloria...

Sin el abanico ¿cómo podrían las señoras permanecer en el teatro, cuando se representan esas piezas de color verde subido y falda corta, de las cuales, después de haberse solazado con ellas, es de tan buen tono hablar mal?

«—El abanico,—ha dicho un pensador,—es el mejor compañero del bello sexo.»

«—El abanico,—ha asegurado otro,—es la hipocresía en la mano.»

Puede que los dos tengan razón.

¿Su historia? Valga por lo que valiere, héla aquí en pocas palabras:

La cosa ocurrió en el Celeste Imperio. Kansí, una chinita tan guapa como ingeniosa, estaba un día jugando con una careta. Sofocada por el calor, empezó maquinalmente á moverla junto á su rostro para refrescar el aire que la abrasaba. Satisfecha del resultado obtenido con operación tan sencilla, continuó embelesada agitando el antifaz, la sofocación que sentía fué disminuyendo... y colorín colorado.

Aquí está el cuento acabado  
y el abanico, inventado.

Sea por cariño á su creación, sea por necesidad, el pueblo chino es tal vez uno de los que más uso hacen de los abanicos y sin tal vez el más diestro en fabricarlos.

Entre los japoneses no ocurre lo mismo. Pese á la opinión del vulgo, que no acierta á comprender á un japonés sin el abanico en la mano, su afición á este objeto ha sido siempre muy escasa.

En las grandes solemnidades que tienen lugar en San Pedro de Roma, el Papa es abanicado por cuatro pajes que, cada uno con su *flabellum*, enorme abanico de plumas, rodean la silla gestatoria en que es conducido el Pontífice.

Los sultanes, lo mismo el de Turquía que el de Marruecos, no permiten que ni un momento se aparten de su lado ciertos criados cuya misión es espantarles las moscas con grandes abanicos de extraordinaria riqueza.

En América, sobre todo en las regiones cálidas, el abanico es de uso tan general como el sombrero de paja ó de yarey.

De Europa no hemos de hablar. Si no supiésemos que hay mujer que tiene veinte y treinta abanicos, podríamos calcular el número de ellos por el de sus habitantes.

Constrúyense para todos los gustos y de todas formas; para hombres y para mujeres, de invierno y de verano, de calle y de recepción, que valen cinco céntimos y que cuestan miles de duros.

En su fabricación se emplean infinidad de materias.

Hay abanicos de hojas de palma, de madera, de cartón, de caña, de tela, de marfil, de nácar...

Los hay con paisajes y miniaturas que son acabadas obras de arte.

Los hay con incrustaciones de oro y piedras preciosas.

Finalmente, los hay ¡de asta!

No aconsejaremos al lector que regale jamás á su dama un abanico de este género.

Quien toma, á dar se obliga.

Y si la mujer recibe asta, ¿será maravilla que luego ella trate de darla también?

GLENER



## EN EL ÁLBUM DE UNA POETISA

De este libro de amor y poesía,  
dulce recuerdo de tu edad temprana  
por suerte ó por desgracia, amiga mía,  
me toca á mí llenar la última plana.

¡Cuántos en ellas merecidos loores  
te han dicho, unos en verso, otros en prosa!  
pues siendo tan lozanas esas flores,  
aún tengo para ti la mejor rosa.

Unos cantaron tu niñez florida,  
otros tu juventud y sus amores:  
¡cuánta felicidad desvanecida!  
¡cuántos ya disipados esplendores!

Mas de la vida en la contienda triste  
no se ha humillado tu gallarda frente:  
aún más augusta inspiración reviste;  
aún corona ciñó más refulgente.

Viuda constante y fiel, madre amorosa,  
de la familia en el sagrado templo,  
más que gentil doncella y nueva esposa,  
admirable y sublime te contemplo;

El tierno mirto y la gloriosa palma  
arrancando á tu sien, que aún luz fulgura,  
á la lisonja infiel cerrando el alma,  
y el corazón á la falaz ternura,

hoy más bella y feliz te considero,  
sólo en Dios y tu hogar los ojos fijos:  
¡qué grata Musa es el deber austero!  
¡qué dulce poesía son los hijos!

Tu libro cerraré con este nombre,  
y cerrado será con broche de oro;  
¡que importan juventud, dicha y renombre!  
¡madre, tú tienes el mejor tesoro!

TEODORO LLORENTE





Muchacha, si comes uvas  
de la viña del amor,

mira que tras del hartazgo  
no venga la indigestión.

## Cañitas

I

Por exceso de cariño  
te faltó mi pensamiento.  
¿No me vas á perdonar,  
morenita de ojos negros?

II

Así decía un devoto  
al enterrar á mi madre:  
—¡Desde mañana, hermanitos,  
hay que rezar á otra imagen...!

III

Amortajé una ilusión  
en el fondo de mi alma,  
y sus restos, todavía,  
me hacen hoy brotar las lágrimas.

IV

El cariño verdadero  
al rosario se asimila,  
que al pasar todas las cuentas  
con una *cruz* se termina...

V

Son al revés que las olas  
mis ilusiones, morena.  
Cuando se forman, muy blancas,  
y al deshacerse, muy negras...

VI

Aun no ha logrado entenderse  
tu boquita con los ojos.  
Cuando ella me dice: ¡Quieto!  
exclaman ellos: ¡Qué tonto!

J. ENRIQUE DOTRES

## Napoleón I y el tabaco

**E**L Emperador sólo una vez experimentó los efectos del humo del tabaco. Habiéndole el embajador persa presentado una pipa magnífica, tanto por corresponder á este obsequio, como por curiosidad, quiso saborear el tabaco. Encendió la pipa y empezó á aspirar con toda la fuerza de sus inexpertos pulmones el humo de dicha planta. Resultado de tal ensayo fué experimentar terribles náuseas; por lo que golpeando el suelo con el pie, pidió auxilio, haciendo resonar una pared á golpes de pipa y rompiendo ésta en mil pedazos. —En verdad,—exclamó pálido y desencajado por el mareo que le causara el humo,—que esta invención es digna del Oriente, patria de la eterna soñolencia y de la eterna holganza. No comprendo cómo en Francia, país de tanta actividad, se va propagando la costumbre de malgastar el tiempo y destruir la salud con esta horrorosa máquina de envenenamiento y ociosidad. Pues bien: yo arreglaré esta costumbre por medio de una ley. Poco después, el 29 de Diciembre de 1810, se publicó un decreto estableciendo el estanco del tabaco. El Emperador, al imponer una contribución sobre la costumbre de fumar, no se propuso destruirla, sino únicamente pretendió, puesto que los franceses se entregaban á un pasatiempo, para él y para muchos repugnante, beneficiarlo en pro del Erario, convirtiéndolo en un nuevo ramo de la riqueza pública. —En esas humaradas,—decía,—descubro en el porvenir el ingreso de 80 millones de francos en las arcas nacionales.—Estas palabras aparecían, más ó menos literalmente, estampadas en el decreto imperial. Villaverde y la Tabacalera han dejado tamañito á Napoleón. Por supuesto, si no les sale la criada respondona.

## La Declaración

Sala.—Felisa, marquesa viuda.—Pepe, ingeniero

**Felisa** (levantándose agitada y dirigiéndose al balconcillo del jardín).—Nada, que este hombre es un témpano del polo.

**Pepe** (mirándola de reojo, avergonzado).—Pero por qué me habrá hecho tan corto de genio Dios?

*Pausa breve. Pepe saca un cigarrillo, lo deslía, lo vuelve a liar cambiándole el papel. Felisa mira los árboles de la explanada y da pataditas de impaciencia en el suelo. De pronto deja caer el abanico.*

**Felisa**.—¡Ah!

**Pepe** (poniéndose de pie).—Se le ha caído a usted el abanico, Felisa... ¿Se... se ofenderá si se... si se lo cojo?

**Felisa** (riendo).—¡Caramba! Parece usted tartamudo.

**Pepe**.—Señora, es que no sé yo lo que me pasa cuando... cuando... ¿lo ve usted? ¡Ni siquiera encuentro la frase!

**Felisa**.—Pues no le ocurre así en el círculo, donde charla por los codos.

**Pepe**.—Es que en el círculo... pues en el círculo, está uno como el pez en el agua. Respira con libertad. No hay mujeres.

**Felisa** (con dureza).—Gracias por la galantería.

**Pepe** (ruborizado y para sí). ¡La solté! —

(Alto). Perdóneme, Felisa, si es lo que yo pienso: ¿queréis averiguar lo que vale un hombre? Ponedlo frente a una mujer. Lo que dije no lo dije. O sea: lo que dije, no es lo que yo pensaba decir. Sí, lo que pensaba, sí; pero nó lo que quería, lo que...

**Felisa**.—¿En qué quedamos? Usted ha expresado claramente que la mujer no sirve más que de estorbo. Lo comprendo hasta cierto punto, tratándose de sabios que razonan y no sienten. Lo que no me explico, es cómo no busca usted el retiro de un claustro.

**Pepe** (espontáneamente).—Imposible. ¡Estaría muy lejos de usted!

**Felisa**.—Gracias á Dios que suelta usted algo grato á los oídos

**Pepe**.—¡Felisa...!

**Felisa** (burlándose).—¡Pepee! ¡Jesús, y el abanico en el suelo!

**Pepe**.—Pero de veras, no se incomodará, si...

**Felisa**.—¿Qué he de incomodarme, hombre? (Bajándose al mismo tiempo para cogerlo). Pero no se moleste usted... no se moleste usted...

**Pepe** (acercándose con lentitud).—No es molestia... Con mucho gusto, señora...

**Felisa** (cogiendo la prenda con rabia é incorporándose).—Gracias. (Se dirige al canapé, se echa

en él y se pone á hojear frenética las páginas [de un libro]).

**Pepe**.—Parece que está usted nerviosa.

**Felisa**.—Sí, lo estoy.

**Pepe**.—¿Se siente usted mal?

**Felisa**.—¡Sí! ¡sí! ¡sí! Y además, aburrida.

**Pepe**.—Entonces me retiro.

**Felisa** (aparte).—¡Qué bruto! (alto). Vaya usted con Dios... ¡Ah, un momento! Tome usted un consejo de amigo: no se case usted, Pepe.

**Pepe**.—¿Por qué?

**Felisa**.—Porque la mujer tendría que hacer con usted lo que se hace con las reses para embravecérlas: tendría que ponerle banderillas de fuego.

**Pepe**.—Felisa, yo... ¡si usted supiera que...!

¿quiere usted que avise?

**Felisa**.—Sí, diga usted en la cocina que me preparen una taza de tila. ¡Uf, me ahogo! Mire usted, mejor será que me la traiga usted mismo; así sabré si me sirve de algo en este mundo.

**Pepe**.—¡Yo mismo! ¡ha dicho usted que yo mismo? ¡qué felicidad!

(Sale).  
**Felisa** (sola).—Madre mía, y que esté yo enamorada de semejante acémila! (entornando los ojos). El caso es que le adoro... y él me ama, vaya si me ama. Pero ¿por qué no me lo dice? ¿Vamos á estar así toda la vida? Tan dichosa como sería yo, si... (queda muda; no se sabe si duerme ó si está sumida en hondas meditaciones).

**Pepe** (entrando, al cabo de algunos minutos).

—Aquí está el te. Quema

un poco; permítame que enfríe la taza. (Fijándose en la inmovilidad de Felisa). ¡Calle! ¡Un síncope! (Con el sobresalto vuelca el liquido sobre la alfombra). ¡Ah, nó! (Acercándose). ¡Qué hermosa está! ¡Y que se me trabe la lengua cada vez que voy á decirla que la quiero? ¡Que si la quiero! Sería yo capaz de hacer una barbaridad. ¡Vamos, como las hago á todas horas! Pero, señor, si aquellos ojos, no son ojos. Me asustan, me fascinan, me quemán y me hielan todo á la vez. ¡Si fuera como ahora que está dormida, y no tengo dentro de mí la inquisición de su mirada!

*Se aproxima más; hinca una rodilla, coge las manos de la joven y sin poderse contener, estampa un beso en sus labios. Felisa abre los ojos sobresaltada, se pone de pie, y suelta una risotada burlona.*

**Pepe**.—Perdón, es... es que la amo á usted!

**Felisa** (tendiéndole una mano).—Está visto que los hombres llegan más pronto con la acción que con la palabra.

## LA DEBUTANTE



—¿Gusto? Con franqueza...  
¿Qué? ¿Dicen que sí?  
Pues... también ustedes  
me gustan á mí.

# Miscelánea

## AVISO IMPORTANTE

Contestando á los lectores y corresponsales de España y América que á este propósito nos han escrito, LA SAETA tiene la satisfacción de manifestarles que con el mayor gusto publicaremos las fotografías que se nos remitan y de ello sean dignas, como vistas de monumentos y edificios notables, acontecimientos de resonancia, fiestas típicas y populares, retratos de personajes de significación, lugares y paisajes célebres, todo, en fin, lo que por cualquier concepto tenga carácter de actualidad, ofrezca interés y merezca ser conocido del público de ambos mundos.

Las fotografías que se nos manden deberán estar bien tiradas y venir acompañadas de una relación todo lo detallada posible.

Siempre dispuesta á complacerles, al agradecer á sus corresponsales y lectores los galantes ofrecimientos que en este sentido ha recibido, LA SAETA les da la seguridad de que sus envíos serán tratados con todo el cariño que se merecen y reproducidos en la forma y extensión que la índole de cada asunto requiera.

### Charada

Escuche lo que le digo,  
atiéndame dos palabras,  
y perdone la molestia  
que irroga mi pobre charla,  
al manojito de claveles  
que miro frente á mi cara.  
Cuando estemos los tres *Todo*  
y posea yo su gracia,  
dueño de mi *prima dos*  
queda al momento nombrada  
y mis *tres* criados hacen  
lo que á usted le venga en gana.  
(Eso de la servidumbre  
es tan sólo una metáfora.)  
Pepe *dos una* la Virgen  
que en capillita labrada  
tenemos, y allí coloca  
el retrato de su cara...  
y...

—Perdone, amigo mío,  
con lo expuesto ya me basta.  
No estaremos los tres *Todo*  
por una razón bien clara:  
La cosa que me propone  
la tengo ya realizada...

MORENO

### Combinación gráfica

AAAABBDDDEEIIILLMNNORRSST

Con las anteriores letras, combinadas, hagan que que se lea: 1.<sup>a</sup>, cinco capitales europeas; y 2.<sup>a</sup>, con

las mismas letras, nos han de dar lo siguiente: A, nota musical; B, nombre de mujer; C, celador; Ch, escudo; y D, pez.

IGNACIO CANAS

### Soluciones á lo insertado en el número 490:

CHARADA.—Casaca.

CUADRADO.—

B A R Ó N  
A Y A L A  
R A M Ó N  
O L O N A  
N A N A L

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Matilde.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Antequera.

### Correspondencia

por CLAK

Vamos á abrir en verso la estafeta:  
hoy el naípe me da por ser poeta.

C. T. V.—¿Dónde aprendió el amigo  
que un hongo *aconsonanta* con un higo?

*Desiderio*.—Usted no me la pega,  
amigo *Desiderio*;  
usted ha robado á Vega  
la historia de «Un misterio.»  
Vaya usted á confesarlo;  
verá qué dice el cura:  
tiene usted que purgarlo  
con penitencia dura.

E. F.—Copio al pie de la letra  
el *arcano* en que usted hábil penetra:

«La lucha de la pasión es lucha horrible,  
y además monstruosa,  
es lucha de panteras aborrecible  
que sume al alma en espantosa  
y espantable cima de lo irascible.  
Yo he querido penetrar en el arcano,  
y sé como he sacado de él el alma  
lo mismo que el que al llover saca la mano  
y se moja, y mojándose pierde la calma.»

Eso es ciencia y es lógica y es tal:  
¿y aún habrá quien le llame á usted animal?

R. M. U.—¿Que señale una falta *tan siquiera?*  
*verbo* y gracia, no es *berbo*, aunque usted quiera.

*Fermin*.— Si no tuviera tanto  
ripió tu poesía,  
ni ideas tan confusas,  
vulgares, anodinas,  
ni tanta raya corta  
sin metro ni medida,  
ni de asonancias duras  
tal cúmulo que irrita;  
y si se hallara en ella  
algo de ortografía,  
la oda que has escrito  
con letra clara y limpia,  
Fermin de mis pesares,  
¡qué hermosa que sería!

S. G. F.—Cuando duelen las muelas es probado que remedio el dentista pone al mal: y que eso se le ocurre al más negado es cosa bien sabida ¡voto á tal! Pero usted, por lo visto, es de otra hechura, de otro modo de ser y de sentir; ¿que le duelen las muelas?, no se apura; se sienta en el despacho y á escribir. Y allá van ripios donde van dolores; infalible remedio es á mi ver; de una manera igual que á los lectores, logra tal lata el nervio adormecer. Pero tiene un peligro ese sistema que expongo francamente, ¡qué caray! Parece que el dolor su ataque extrema: en cada verso ha puesto usted un ¡ay!

P. H.— «Subí á la sala del crimen para decirle al fiscal...»  
Mentira, porque si sube ¿quién le deja á usted bajar?

Sacristán.— Los versos que he recibido están manchados de cera;

bien se ve que has *escrito*, trovadorzuelo, «á la vera de un Crucifijo encendido.»

Tus ilusiones son vanas, y á nadie convencerás con tus cántigas livianas; no toques el arpa más; ¡sacristán, á tus campanas!

T. B. S.—Merece, caro amigo, su elegía, leyéndola despacio, grande encomio; ¿dónde la ha escrito usted, en Cafrería ó en la celda fatal de un manicomio?

D. L. R.— Ya se sabe, ya se sabe que es peligroso mirar por el ojo de la llave; pero más, ¿qué duda cabe?, venirlo luego á contar.

Sandía.—¿Camará, qué espantosa confusión! ¿Es cabeza la suya ó es melón?

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

# CRÈME SIMON

à la glycérine

POUDRE  
DE RIZ SIMON



SAVON  
A LA CRÈME SIMON

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦ PARIS

## \* LA SAETA \*

Semanario ilustrado

FUNDADOR D. PEDRO MOTILBA

TODA LA CORRESPONDENCIA Á HEREDERA DE PEDRO MOTILBA Y C.<sup>a</sup>

Rambla del Centro, kiosco número 3

— PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN —

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.  
Año. . . . . 11 »  
Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17 »  
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Inofensivo, suprime al Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**

**SANTAL  
MIDY**

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catorro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.





20 cents.

Num. 492

